Mateo R. Sánchez y Romero.

TRATO HECHO

DIÁLOGO ANDALUZ

EN VERSO

Galardonado con el PREMIO, en el Tema 11.º

(OBRA TEATRAL)

del Certamen celebrado

POR LA

SOCIEDAD DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE CÁDIZ

EN SEPTIEMBRE DE 1908

CÁDIZ

IMP. DE MANUEL ALVAREZ, C. DEL CASTILLO, 25

1909

TRATO HECHO

DIÁLOGO ANDALUZ EN VERSO

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/tratohechodialog00sanc

[336:4]

Mateo R. Sánchez y Romero.

Trato Hecho

DIÁLOGO ANDALUZ

EN VERSO

Galardonado con el PREMIO, en el Tema 11.º

(OBRA TEATRAL)

del Certamen celebrado

POR LA

SOCIEDAD DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE CÁDIZ

EN SEPTIEMBRE DE 1908

CÁDIZ

IMP. DE MANUEL ALVAREZ, C. DEL CASTILLO, 25

1909

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

A Joaquín Navarro, excelente compañero y buen amigo: testimonio pobre, pero muy verdad, de afecto merecido y sincero.

El Autor.

Cádiz, 17-6-1909.

Spanish

PERSONAJES

PEPE. . . . . Entrado en quintas.

ROSARIO . . . . . Con que tenga 16 años luciditos, está de primera.

TRATO HECHO

Diálogo andaluz, en verso ramplón y malo.

ACTO ÚNICO

CUADRO ÚNICO

La escena representaría (si esto se llegase á estrenar) una calle, corta ó larga, un jardín ó lo que se tenga buenamente á mano, con tal que sea del dominio público. Es de día, porque, como verá el que esto lea, ha salido el sol «hace ya rato».

ESCENA ÚNICA

ROSARIO y PEPE.—Salen por la derecha, ella delante y él detrás, á muy corta distancia. La forma y tiempo de detenerse, queda encomendada al buen juicio de los actores.

PEPE. Joven, haga usté el obsequio
de andar algo más despacio,
y dejar que yo me pegue
á ese cuerpo tan serrano
como si estuviese herida
y yo fuera esparadrapo.

ROSARIO.—Dan muy mal olor las cosas
de la botica y yo... vamos,
¡prefiero el agua Florida! (rápida)
Además, no me he cortado.

P.—(Con marcada intención para que llegue á los morenos).
—¡Ay, si se cortara usté!
R. No, lo que es como pesado
vaya si es usté, sentraña.
P. Bueno; pero, ¿en qué quedamos?
¿Quiere usted echar el ancla
y que charlemos un rato?
R. ¿De Abdelaziz?
P.—(Un tanto mosca).—¡De la madre
de Pelusa!
R. No la trato.
P. ¿Vamos á ponernos serios?
R. ¿Van á fotografiarnos?
P. Puede que sí; porque yo
soy un «Otello afeitado
y me traigo mis agallas
y otras cosas que me guardo,
y si usted me despreciara...
yo y usted (recalcando), los dos, ¿estamos?
salimos en "Los Sucesos".
R.—(Con marcada ironía). ¿Se puede saber *pa* cuando?
P. Cuando, no; pero sí, cómo.
Yo encima y usted debajo.
R. ¿No podría ser á la inversa?
P. No, porque tengo pensado
yá, mi plan: la tiro á usted,
desde cualquier sitio alto,
y después me arrojo yo.
R.- (Con intención).—¡No se tirará usté tanto!
Pero, en fin, ¿se pué saber
señor don... «desaguisado»
qué se le ha perdido á usté
detrás de mí, que hace un año
que parece usté mi sombra,
ó que le han encomendao
mi custodia? No me pierdo.
P.—(En tono sentencioso)—Le diré á usté, se dan casos.
Pero, en fin, aquí se trata
de ver si es que congeniamos,
y podemos entendernos

y vivir sin separarnos
¡y morir de un reventón
de cariño concentrao!

R.—(Fingiendo susto)—¡Ave María Purísima!

P.—(Haciendo un movimiento como para meterle mano).
¿Están tocando á rebato?

R.—(Con ironía)—Eso quisieran algunos;
pero, *pa* mí, que vá largo.
Es, hijo, que busca usté
fallecimientos tan trágicos,
cayendo de las alturas
unas veces, reventando
otras, con estruendo y todo
como si fuese un petardo...
y yo, francamente, estoy
(con quedo) por morir á gusto.

P.—(Con la mayor intención posible)—¡Claro!
En eso estamos de acuerdo.
¿Vé usté como ya empezamos
á entendernos? Y eso que
para que sea un caso raro,
ni yo sé su nombre, ni
usté como yo me llamo.

R. Pues, hijo, no seré yo
quien se meta á averiguarlo.

P.—(Como queriendo decir algo más, pero sin atreverse)
—¡Ay! Yo sí que me metía...
sino que... en fin... respetando...
(Transición) Bueno; pero, mire usté;
volviendo á lo que tratábamos.
Mi nombre y aun mi apellido
son tan corrientes y clásicos,
que de fijo dá con ellos
sin que se quiebre los cascos.
Los dos empiezan con P.

R.—(Interrumpiendo vivamente, con sorna).
—¡Vamos, sí!: ¡Poncio Pilatos!

P.—(Amoscado)—Hombre... «poco pitorreo»
sería más apropiado.
En fin, no se canse usté:

yo se lo diré en un salto.
Me llaman Pepe Pantoja.
(Tomando una actitud de arrogancia descarada)
¿Qué hay de eso?

R. —De descaro
hay un puñado muy grande
(Aparte)—No me resulta antipático.

P.—(Aparte)—La verdad es, que hasta ahora
casi se está chufleando
conmigo; pero, al final,
¡vaya si pesco yo algo!
Y usted deberá llamarse...
(como pensando) ¿Concepción?

R. —Eso es muy largo.

P. ¿Paquita? (Señal negativa de Rosario) ¿Mercedes? (Id.) ¿Rosa?

R. ¡Que se quema usté!

P.—(Verdaderamente asustado)—¡Canario!

R.—(Volviéndolo á la realidad y con su poquito de quedo)
No; si quería decir
que ya iba usted acertando.

P.—(Aproximándose á ella y tratando de disimular su plancha)
Como estoy tan junto al fuego
no tendría nada de extraño...

R.—(Empujándolo suavemente)—Por eso debe alejarse
un poquito, por si acaso.
No sea que á última hora
muera usted achicharrado.

P.—(Volviendo á la realidad)—Bien; pues decíamos que... (Como recordando)—¡Ah, sí! que ya iba atinando
y no era Rosa (Con seguridad cómica). Está visto.
¡Usté se llama Rosario!
(Recreándose en ella)—¡Cámará! Y con unas cuentas...
Y una cruz... Con esa cargo
yo, mal que pese á mi gente
y á *tós* mis antepasaos.

R.—(Con intención)—¿Le hará á usté falta un Simón
Cirineo?...

P. —Mucho cuidado,

niña, con lo que se habla
y á no meterse en sagrado.

(Al decir lo que sigue, deberá irse aproximando á Rosario, de la que se habrá alejado antes para mejor recrearse en ella).

Lo que á mí me hacía falta
ya creo que lo he encontrado,
en esa cara jitana,
y esa hechura y ese garbo,
y ese trapío de jembra,
y un cuerpo que ni pintado,
y unos ojos y unos dientes,
y una boca y unos labios,
y unas líneas y unas curvas...

(Muy cerca ya: casi tocándola, ó tocándola... si se deja)

¡Ay, Rosarito, Rosario!...

R.—(Con burla)—¿Vá usté á entonarse, quizá?

P.—(Con enfado)—¡Voy á tomar el Pagliano!
porque tengo la cabeza
dando latidos y saltos
como si fuera á salirse
tó lo que tiene guardao
y estoy sintiendo unas cosas...

R.—(Interrumpiéndole con sorna)—¿Será el reventón, acaso?
¡Ay! serénese usté un poco
que la cosa no es *pa* tanto.

P.—(Rápidamente, como decidiéndose)—De una vez: ¿Usted me quiere?

R.—(Con calma)—Eso tengo que pensarlo,
y ya le contestaré.

P. ¿Pero pronto?

R. —Tal vez.

P. —¿Cuándo?

R.—(Un poco seria)—Cuando me demuestre usté
que en toda esa charla hay algo
digno de tomarse en cuenta.
Porque hay que marchar despacio,
que, al fin y al cabo, el hablar
cuesta bien poco trabajo.

P. ¿Y si pido un anticipo?

R. ¿Para qué?

P. —*Pa* tutearnos.

R.—(Con sorna)—¡Es temprano todavía!

P. (Mirándola intencionadamente)—Pues para mí, ya hace un rato
que ha salido el sol.

R.—(Fingiendo no comprender)—¿De veras?

P. La chipé. Pero... Rosario,
¿no vamos á hablar formales
siquiera una vez al año?
Usté *tó* lo toma á risa,
y yo me estoy requemando
al pensar que esto es más serio
de lo que parecè...

R.—(Interrumpiendo)—¡Vamos!
¡que si es serio lo que dice!
eso es viejo.

P.—(Quemado)—Eso es emplasto
de la señá Tesorera...
de Hacienda, pongo por caso.
(En tono natural) Lo que yo le digo á usté
es que dentro de mí hay algo
que me empuja hacia ese cuerpo
de mazapán, de alabastro,
de azúcar cande...

R. (Con sorna)—¿De qué?

P.—(Con enfado)—¡Ya lo dije!

R.—(Irónica)—Estoy pensando
que usté no debe tener
mucho trabajo atrasao.

P. Pues yo pensaba otra cosa:
y era que si nos casáramos,
habíamos de ser los dos
más felices que Abelardo
y *la Luisa*, una chavala
y un chavó, que se miraron,
se quisieron con fatigas,
se murieron... (Como queriendo recordar, sin conseguirlo) hace
(un rato
y en sus tumbas respectivas
toavía se están camelando.

R.—(Con ironía)—¡Eso es queré!

P.—(Con pasión exagerada)—¡Eso no es ná!
con lo mío comparao.
Si nó, hágame usté el favor
de poner aquí la mano (Llevándosela á donde le parezca, porque se supone que todo su cuerpo está lo mismo)
y sentirá usté... ¡el Vesubio,
por completo desbordao! (Transición)
¿Le gustan á usté los niños?
R. Mucho, ¿y á usté?
P. —¡Si es mi flaco!
El día que á mí me dijeran
«papá», me moría en el acto.
R.—(Como interesada realmente y abandonando su tono zumbón)
—Eso; ¡y se quedaba el niño
huerfanito!
P. —¡Vaya un chasco!
Si yo me moría... de gusto.
¿No fué eso en lo que quedamos? (Transición)
Bien; pues imagine usté
un cuartito blanqueao,
con unos muebles muy lindos,
una jaula con su pájaro,
una estampa de la Virgen,
unas macetas de nardos,
una cuna en un rincón
con un chiquillo muy guapo
y una mujer... como usté,
de reina de aquel cotarro...
y ¿qué falta?
R.—(Irónica) —Falta el rey.
P.—(Intencionado)—¿No tendría dotes de mando
este sujeto?
R.— —Tal vez;
pero eso habría que probarlo.
(Con seriedad) Y ahora soy yo la que habla
y usté me escucha callado.
No basta decir «te quiero»,
es preciso demostrarlo:
pruébeme usted su *constancia,*
su seriedad, su trabajo,

y cuando esté satisfecha,
ya hablaremos. ¿Sirve el trato?

P.—(Fingiendo que redacta algo) —En la tierra de la gracia,
á tal día, de tal año,
reunidos Pepe Pantoja
y la Virgen del Rosario...

R.—(Con asombro) —¿Pero qué está usté diciendo?

P. No es que digo: es que redacto
el acta de esta entrevista
para llevarla al Notario,
y que firmemos los dos
después de jurar casarnos.
¿Constancia? La que haga falta.
¿Quiere usté que fije el plazo?
Hasta que saque yo cédula,
ó cante misa Soriano.
¿Seriedad? Más que un macero
ó que un Alcalde de barrio.
Y si es la otra condición,
la que respecta al trabajo,
(Intencionadamente) yo creo que está á la vista
y no hay por qué demostrarlo.
Conque... ¿lo dicho?

R. —Lo dicho.

P.—(Como recordando)—De manera que quedamos...
en que tú me irás queriendo
por el sistema homeopático.

R. Justamente.

P. —Y que después
llegaremos á casarnos.

R. Si es que usté se porta bien.

P. Y que habrá chiquillos guapos,
un cuartito muy alegre,
una maceta...

R.—(Interrumpiendo)—Un canario...

P. De la casta no se habló,
sólo dijimos un pájaro:
pero, en fin, me dá lo mismo.

R.—(Recalcando como por lo que acaba Pepe de decir)
—Mucha seriedad...

P. —Trabajo,
y una envidia en los vecinos
que van á tené *pa* rato.
¿Y á que no sabes de qué
me estaba yo ahora acordando?

R.—(Irónica) —¿De algo que tenías que hacer?

P. Nó: de que cuando el muchacho
se tenga que ir á las quintas...
Pero, en fin, eso vá largo.
Conque, hasta luego, mi reina.

R. Hasta luego.

P.—(Como recordando)— Pero... ¡vamos,
si yo no tengo cabeza
para nada! ¡Estoy chiflao!
Ni siquiera me acordaba
de que tenía un encargo
del autor, que teme el pobre...
y ya ves, en estos casos... (Dirigiéndose á Rosario)
Pide para él indulgencia.

R. ¿Y qué digo?

P. —Bien pensado,
(con mucha intención, para salvarme) como es «primerizo», aquello
de «Hoy por tí...» sigue, Rosario.

R. Me dá vergüenza. Anda tú.

P.—(Como decidiéndose, después de pensar un poco)
¿Quién dijo miedo, canastos?
(Dirigiéndose al público)
El que conquista mujeres,
¿no ha de conquistar aplausos?

(Telón rápido ó lento, á voluntad del que lo maneje)

3 0112 115872449

PRECIO: UNA PESETA